

El método según Feyerabed

Resumen

Al parecer el método, llegó para quedarse. Hay método por que hay ciencia, y hay ciencia porque hay método. Así que hablar de uno es hablar de la otra, y dudar de una es dudar del otro. *Cómo, ¿Sólo hay método cuando aparece la ciencia? ¿No lo inventaron los griegos en una época en la que es evidente que no existía la ciencia?* Es evidente que no existía como hoy la conocemos, el método y la ciencia nacen juntos obvio que con sus notables diferencias.

La palabra *método* es griega, significa camino, vía, sendero, ruta, trayectoria, recorrido.

Palabras clave: Método, ciencia, diferencias, pensamiento.

The method according to Feyerabed

Summary

Apparently the method was here to stay. There is a method because there is science, and there is science because there is a method. So to speak of one is to speak of the other, and to doubt one's doubting the other. *How, is there only method when science appears? Did not the Greeks invent it in a time when it is evident that science did not exist?* It is evident that it did not exist as we know it today, method and science are born together obviously with their remarkable differences.

The word *method* is Greek, it means road, road, path, route, path.

Key Words: Method, science, differences, thought.

I
Es difícil no decir alguna barbaridad sobre ciertos temas. "El método" es uno de ellos, porque para empezar, como el Cielo, el Purgatorio y el Infierno, o la vida extraterrestre, no sabemos si exista: sólo se presume. ¿El método no será una especie de Unicornio o de Minotauro? ¿Alguien, independientemente de lo que dan por supuesto los libros de metodología, ha visto alguno? Lo cierto es que se trata de un problema inmenso. Poner en cuestión la existencia del método es equivalente a dudar de la existencia de la Ciencia. Y la verdad son pocos los que se animan a hacerlo, porque la Ciencia no perdona. Al menos en eso se distingue de Dios. Es fría, cruel, insensible y tremendamente eficaz. ¡Ay de aquel que se atreva a faltarle al respeto! Poderosa Damisela es Dama Ciencia. Tiene infinitos recursos para imponerse: económica, social, ideológica y hasta psicológicamente. Es difícil negar su existencia, pero es mucho más difícil, sin un extraño malestar o fastidio, aceptarla sin chistar. Al parecer, llegó para quedarse. Hay método porque hay ciencia, y hay ciencia porque hay método. Así que hablar de uno es hablar de la otra, y dudar de una es dudar del otro. Pero, cómo, ¿sólo hay método cuando aparece la ciencia? ¿No lo inventaron los griegos en una época en la que es evidente que no existía la ciencia? Es evidente que no existía como hoy la conocemos; pero apenas echar un vistazo a la época nos damos cuenta de que, efectivamente, el método y la ciencia (que los griegos llamaban filosofía) nacen juntos. Con todo, hay notorias diferencias, como las puede haber entre el pensamiento de Sócrates, cuatrocientos años antes de nuestra era, y el de Descartes, nacido hace poco más de cuatrocientos años. La palabra "método" es griega. Significa: camino, vía, sendero, ruta, trayectoria, recorrido. De inmediato vienen a la mente los versos de Manuel

Machado: "Caminante, no hay camino/ Se hace camino al andar". Se dejarían, para nuestro propósito, traducir así: "Pensador, no hay método/ Se hace método al pensar". ¡A menos que lo que se quiera sea otra cosa! Justamente: hay método porque lo que no queremos, no sabemos o no podemos es pensar. En el fondo es una cuestión de economía: el método llega a ocupar el mismo lugar que la *fast food*, el *uber* o la *fibra sintética*. Se usa porque no hay tiempo para pensar. Insisto: así ha llegado a ser el método. No nació por esa razón. ¡O quizá sí! Porque la verdad es que hay dos nacimientos en la historia: una vez en Sócrates y otra vez en Descartes. Nosotros, lo sepamos o no y nos plazca o desagrade, somos herederos de ambos. Como expresión de desagrado, baste evocar el argumento de un experto antiexperto como Paul Feyerabend: la Ciencia y su método son maravillosos inventos de la humanidad, pero en modo alguno tienen derecho a autoconcebirse y comportarse como la Reina de las Tradiciones: "La Razón ya no es un agente que dirige a las otras tradiciones, sino que es una tradición por derecho propio, con tanto (o tan poco) derecho a ocupar el centro de la escena como cualquier otra tradición". Un argumento ciertamente "posmoderno" que, a pesar de todo, emana aromas arcaicos: nos recuerda a Platón en su propuesta democrática de exiliar a los poetas. El objetivo de Feyerabend es casi exactamente el mismo: no "exiliar" a los intelectuales, pero sí degradarlos: "Al igual que mi obra anterior", refiriéndose al *Tratado contra el método*, de 1975, "este libro tiene un objetivo: eliminar los obstáculos que intelectuales y expertos imponen a tradiciones diferentes de la suya y preparar la eliminación de los propios expertos (los científicos) de los centros vitales de la sociedad". Ni Platón lo hubiera dicho mejor. En una democracia, nadie tiene derecho a imponer su tradición a expensas de las demás. Con

su contrapartida: ninguna tradición debe someterse a las pretensiones hegemónicas y excluyentes de cualquier otra. En tiempos de Platón, los poetas -en particular, los poetas épicos como Homero- ejercían ese dominio; en los nuestros, los "expertos", que Feyerabend se da gusto en exhibir como lo que son: verdaderos analfabetas: "(...) la filosofía política y la filosofía de la ciencia se han convertido en sumideros de la autoexpresión analfabeta (empleando, claro está, formidables términos técnicos)". Esta conexión entre el autoritarismo y el analfabetismo da mucho que pensar. Es decir: precisamente cuando una tradición -la ciencia o la psicomagia, por sólo poner dos ejemplos- alcanza una posición jerárquica inexpugnable, de inmediato cesa de pensar. Sus feligreses se vuelven literalmente idiotas. Dejan de pensar, pero no paran de ladrar. Esto es, de por sí, algo lamentable, pero si los ladridos vienen de gente que presume regirse por la razón, el resultado es francamente consternante. Todos conocemos profesores de Lógica con quienes es imposible razonar, o docentes de Ética absolutamente insensibles a la bondad o a la piedad. Lo mismo se dirá de "metodólogos" que si algo enseñan es su espléndida e incorregible incompreensión de casi todas las cosas. Y he aquí el problema de Feyerabend, que entretanto no ha hecho más que agudizarse: el analfabetismo y la imbecilidad están en el poder. Podemos dudar de la perspectiva -finalmente optimista- del filósofo, o no compartir sus expectativas de total democratización de las sociedades, pero su diagnóstico es irrefutable: ninguna tradición que cifre su hegemonía en la condenación, liquidación o subordinación de las demás está en posición de asegurar por mucho tiempo su reinado.

II

De acuerdo: la Ciencia (y sus métodos) merece todo nuestro respeto. Pero, como

44

cualquier otra tradición, ella tiene que ganárselo, y no es seguro que lo logre fustigando o ridiculizando a las demás. Es un gesto claramente histérico. De acuerdo: hay de tradiciones a tradiciones. No es lo mismo defender al esoterismo de Madame Blavatsky que las Guerras Floridas de los pueblos mesoamericanos, ni el misticismo medieval que la ufología o el fecalismo al aire libre. Pero es que ni la Ciencia es buena en sí misma ni la Tradición, por el sólo hecho de serlo, convoca o justifica toda nuestra aprobación. Las tradiciones que un intelectual formado en la tradición científica se ve obligado a respetar son, en un primer plano, la filosofía -ningún filósofo ha sido propiamente "superado" o reducido a la obsolescencia por otro filósofo o científico-, la mitología, el "pensamiento primitivo" y "las cosmologías en que se basan los diversos credos religiosos". El analfabetismo de la ciencia va al parejo de su prepotencia; sólo ella es verdadera, sólo ella en verdad sabe. Es una pretensión ridícula, pero más irrisoria cuanto más poder social y económico ha ido adquiriendo. En este proceso, el método se constituye como el Dogma Central a partir del cual esta tradición irá consolidándose. Todo, desde los quarks hasta los quásares, desde el DNA hasta la Deriva de los Continentes y desde el Procónsul hasta la Colonización del Espacio Exterior se transforma en objetos de ciencia. ¿Cómo asegurar su unidad sin postular un elemento invariable en la prácticamente infinita diversidad de objetos? Ese elemento es el Método, en mayúsculas y en singular (y a veces en negritas). Aquí hay que ajustar todas las tuercas. A pesar del regular escándalo provocado por Feyerabend, no podemos obviar que su crítica es sumamente moderada: jamás dice que la ciencia deba olvidarse del método y trabajar a lo loco o al azar, sino que los grandes descubrimientos se han hecho violando, contraviniendo o poniendo entre paréntesis la mayoría de las especifi-

caciones del método en ese momento consagrado y establecido. Él mismo lo formula así: "El objetivo de mis conferencias consistía en mostrar que algunas de las reglas y criterios muy sencillos y plausibles que tanto filósofos como científicos consideraban componentes esenciales de la racionalidad eran violados en el curso de episodios que ellos consideraban igualmente esenciales". Y esto, añadía, ocurre no accidental sino necesariamente. En síntesis, Feyerabend no está brutal y anárquicamente contra el método, sino consciente de que el método es incapaz, dejado a su solo funcionamiento o a su propia inercia, de producir conocimiento o de generar descubrimiento alguno. No dice nunca que sea inútil o que haya que eliminarlo; sólo le aplica una aguja o un alfiler para desinflarlo. Y este ademán coincide con su crítica de la arrogancia científica: ésta —la ciencia— no tiene el monopolio de la verdad de idéntica manera a como el método no tiene el privilegio de asegurar ningún conocimiento de las cosas. Si ni la ciencia ni su método tienen esta seguridad, y de todas formas hay conocimiento y siguen produciéndose descubrimientos, ¿a qué o a quién habría que responsabilizar? La respuesta del filósofo de la ciencia (es lo que a fin de cuentas es Feyerabend) será: a la Razón, definitivamente, pero no sólo a ella sola. La Razón está vacía; en todo caso, es como un esqueleto. Cuando funciona, se debe a que alguna tradición le ha prestado sangre, músculo...y espíritu. Una respuesta por lo que se ve muy poco escandalosa. Porque lo que se transparenta es una idea bastante ingenua (aunque bien intencionada): como si todas las tradiciones buscaran exactamente lo mismo —la verdad, la salvación, la paz, la felicidad...— y difirieran sólo por los medios hallados a su disposición para alcanzarlo y asegurarlo. Este ideal puede ser el de la ciencia, que se pasa de contrabando en la crítica

ensayada por Feyerabend. La ingenuidad consiste en suponer que cada individuo desea lo mismo que otro cualquiera y que de ese deseo común no tendría por qué surgir conflicto alguno. Para ser justos, ingenuidad semejante no es exclusiva de los filósofos de la ciencia, sean o no sean metódica o moderadamente anarquistas; la comparte medio mundo. Ella no invalida de bulto la crítica de Feyerabend, pero si la compromete, le hace perder filo. Su optimismo —la verdadera ciencia es o debe ser incluyente y respetuosa, y ello es básicamente posible— le hace perder de vista que la ciencia obedece a una racionalidad específica que choca no por accidente o casualidad con las demás tradiciones. No hay que ser Heidegger para percatarse de que la ciencia ya hace mucho tiempo que dejó de estar en la mano del hombre (si es que alguna vez lo estuvo). Es sin duda legítimo —y necesario— preguntarse no sólo qué es la ciencia (una pregunta sin respuesta absoluta), sino qué fines persigue. Pero hay que cuidarse de pensar que por un acto de fe y buena voluntad ella se pondría al servicio de fines "humanos". No hay fines humanos, y la ciencia jamás ha sido un medio axiológicamente neutro para alcanzarlos. De todos modos, es difícil no simpatizar con esta crítica: "La excelencia de la ciencia no se supone, se defiende. Los científicos y los filósofos de la ciencia actúan aquí como lo hicieran con anterioridad los defensores de la Primera y Única Iglesia Romana: la doctrina de la Iglesia es verdadera, todo lo demás es pagano y carece de sentido. De hecho, ciertos métodos de discusión y sugestión que antaño fueron el tesoro de la retórica teológica han encontrado ahora en la ciencia su nuevo hogar". Así es, efectivamente; pero no cualquiera está en condiciones de llevar esta crítica hasta el final.

Referencias Bibliográficas

(Feyerabend, Paul, *La Ciencia en una sociedad libre*, trad. A. Elena, Siglo XXI Editores, Madrid, 1982.)